

Historia del libro:

del objeto a su fabricante a su consumidor

Tomás Granados Salinas

Contra lo que suele pensarse, hoy los libros no son caros. Más aún, nunca habían sido tan baratos –y aquí *nunca* abarca poco menos de seiscientos años, si aceptamos que el libro tal como lo conocemos actualmente es hijo de la imprenta de tipos móviles–. El ejemplar que el lector tiene delante de sí es una muestra de ello: aunque *Istor* se considera a sí misma una revista, su aspecto material –el formato, la tipografía, la sucesión de textos e imágenes, la encuadernación– es el de un libro, cuyo costo es tan módico que sin dificultades usted pudo pagar su precio de venta o, tal vez con mayor probabilidad, que permitió a sus editores regalarle esta copia. Así, delante de quien lee estas páginas se expresa una de las grandes tendencias en la historia de los productos impresos: el abatimiento de los costos, la producción masificada, la tecnología que mitiga los dolores del parto editorial. Y al mismo tiempo, este poco papel sigue siendo, como en la Maguncia gutenberguiana, el principal dolor de cabeza de quienes dan una obra a las prensas, pues todavía hoy las fibras de celulosa representan la principal erogación y, oh desgracia, constituyen la extrema fragilidad de estos objetos, fáciles víctimas de la humedad, el sol y el polvo, por no hablar de su apetecible condición de alimento para insectos y roedores. Todo libro contemporáneo es, pues, beneficiario y deudor de las apasionantes vicisitudes que han signado la historia de este medio de comunicación, historia que ha sido narrada de modos diversos y que aquí queremos revisar.

Para quienes trabajan en el ámbito de la palabra impresa, la historia debería ser un afluente natural, no el más importante pero sí uno caudaloso, de su práctica profesional. Cuando uno cae en cuenta de los muchos fenómenos que con-

fluyen en un simple ejemplar terminado, con sus distintas velocidades, con sus contradicciones entre la pureza del espíritu y la terrenalidad del comercio, con su fugacidad y su larga duración, no queda más que voltear la cabeza y mirar hacia atrás, hacia los ancestros directos y los que simbólicamente consideramos nuestros predecesores. El dinámico oficio que practican los editores se vuelve más atractivo al mirarlo en el tiempo, sobre todo desde que la producción se mecanizó, destruyendo el carácter artesanal del libro. Las prácticas comerciales y editoriales, los problemas que han minado el desarrollo de la industria, las perspicaces salidas que el gremio ha encontrado, las tragedias inesperadas que cercenaron parte del porvenir: ese acervo nutre el ejercicio contemporáneo de los profesionales del libro. (Todo ello provee, cabe decirlo en un aparte, muchísimos argumentos en contra de quienes auguran la desaparición del libro: éste es un fenómeno en que las transformaciones ocurren con suficiente lentitud como para que sus actores puedan adaptarse y hacerlo permanecer.)

Como editor, he tenido la fortuna de aproximarme a la historia del libro primero por mera curiosidad, luego por el deseo de inventar una comunidad –duradera en el tiempo– que me diera cobijo; y finalmente por “obligación”, pues me autoimpuse el deber de publicar en español obras clave de esta disciplina: Libros sobre Libros es una colección coeditada por Librería y el Fondo de Cultura Económica en la que, entre otros temas, damos a conocer obras que miran al pasado de la cultura impresa. Así, estos párrafos no provienen de un historiador sino de un mero diletante que ha convertido su leve afición en un incipiente *modus vivendi*. Me propongo recorrer a gran velocidad las estaciones por las que ha pasado la historia del libro y ofrecer al lector un conjunto de opciones de lectura; incapaz de emitir juicios con la contundencia del académico experto, he procurado encauzar mis entusiasmos hacia autores y obras que aprecio, sin pretender la exhaustividad que cabría esperar en un estudio historiográfico.

Si bien hay textos muy antiguos sobre el origen y la evolución de la escritura, así como sobre las diversas técnicas de producción de impresos, la historia del libro es una rama relativamente joven de la ciencia de la historia. Si Henri-Jean Martin y Roger Chartier, en la introducción a su descomunal *Histoire de l'édition française*, daban cuenta de que hace unas cuantas décadas “los libros parecían

no tener historia”,¹ hoy esta disciplina ha ganado fuerza y autonomía propias. Hay centros nacionales de investigación académica, como el Institut d’Histoire du Livre, en Lyon; el Internationale Gutenberg-Gesellschaft, en Maguncia; The Centre for the History of the Book, en Edimburgo; el Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, en Salamanca; The Center for the Study of Books and Media, de la Universidad de Princeton, y el Center for the Book, de la Biblioteca del Congreso, entre muchos otros afincados en Estados Unidos, por sólo mencionar algunos de los más célebres —aún falta, ay, la entidad mexicana que se consagre en exclusiva a explorar las glorias y los sinsabores pretéritos de la gente del libro en nuestro país—. Existe también una Society for the History of Authorship, Reading & Publishing (con la afilada sigla SHARP), que cada año premia una obra que haya hecho aportes sustantivos en la materia y además publica la revista especializada *Book History*. Y, aparte de miles y miles de obras aisladas que se ocupan de esta disciplina, uno puede hallar colecciones dedicadas a ella, como *Studies in Print Culture and the History of the Book*, de la University of Massachusetts Press, o *Studies in Book and Print Culture*, de la University of Toronto Press (repertorio en el que querría contarse Libros sobre Libros).

Ya a finales de los años ochenta Robert Darnton se atrevía a augurar que esa “nueva” rama “alcanzará un lugar junto a campos como la historia de la ciencia y la historia del arte en el canon de las disciplinas académicas”, aunque “hoy parece menos un campo que una selva tropical”, dada la confusa abundancia de enfoques: “La historia del libro se ha saturado de disciplinas complementarias, tanto que uno ya no puede percibir sus límites. ¿Cómo podría el historiador del libro no atender la historia de las bibliotecas, de la edición, del papel, de los tipos, de la tinta, de la lectura? ¿Pero cómo podría conocer a fondo sus tecnologías, especialmente cuando se presentan a través de imponentes fórmulas en lengua extranjera, como *Geschichte der Appellstruktur* o *Bibliométrie bibliologique*? Esto basta para que uno prefiera meterse a un acervo de libros antiguos para sólo contar marcas de agua.”²

¹ Roger Chartier y Henri-Jean Martin, dirs., *Histoire de l’édition française*, París, Fayard-Cercle de la Librairie, 1982, t. 1: *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVII^e siècle*, p. 10.

² Robert Darnton, “What is the History of Books?”, en Cathy N. Davidson, comp., *Reading in America: Literature and Social History*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1989, p. 27-29.

La frenética transición entre la sequía descrita por Martin y Chartier y el *boom* del día de hoy supuso dejar atrás diversos modos de indagar en el pasado. Una primera época de la historia del libro, entonces, corresponde a la realizada por “cariñosos [investigadores] que se esforzaban por salvar y reunir esos testigos de papel”:³ coleccionistas y bibliófilos sobre todo de los siglos XVII y XVIII que generarían lo que Frédéric Barbier denomina “erudición propiamente dicha”,⁴ cuyo propósito sería rastrear la actividad de los más célebres talleres de impresión; el fruto de este afán acumulativo, si bien valioso, fue “un saber monográfico, minucioso y local, que se ocupaba de la gente del libro, de sus técnicas, de sus productos. Un saber inmenso sin duda, pero disperso y compartimentado”.⁵ Fue un tiempo en que las investigaciones “solían proponer una descripción yuxtapuesta, a menudo muy precisa, de las condiciones de fabricación del libro, de su forma material (incluyéndola bajo el ángulo de la historia del arte), de su difusión [...] y de su conservación (la historia de las bibliotecas). Muchos de los grandes aspectos permanecerían ajenos a este análisis, comenzando por lo relativo al campo literario (el autor, el texto, el propio lector...)”.⁶

La bibliografía, primero descriptiva, luego analítica, se constituyó entonces en una alternativa para acceder a unas bambalinas que apenas podían intuirse. Según los impulsores de este acercamiento a la materialidad del texto, como W. W. Greg o Fredson Bowers, “la verdadera bibliografía es el puente hacia la crítica textual, que es como decir crítica literaria. Antes de que un crítico pueda intentar una evaluación definitiva del contenido de un libro cualquiera, debería estar en posesión de todos los datos que tengan alguna relación con la historia de su texto”.⁷ Esos datos corresponden a diferencias entre ejemplares de una misma edición, a la existencia de diversos estados o variantes –cuando hay porciones agregadas u omitidas en una misma tirada–, a singularidades en la

³ Chartier y Martin, p. 10.

⁴ Frédéric Barbier, *Historia del libro*, traducción de Patricia Quesada Ramírez, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 12.

⁵ Chartier y Martin, p. 10.

⁶ Barbier, p. 12.

⁷ Fredson Bowers, *Principios de descripción bibliográfica*, Madrid, Arco/Libros, 2001, p. 36. El otro gran pilar de la bibliografía es Philip Gaskell, *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, Trea, 1999.

compaginación o el uso de los tipos móviles, para así dar con “las características del ejemplar ideal de esa edición”.⁸ Maniática de los detalles, la bibliografía ostentaba un rigor emocionante y a la vez un tanto estéril, pues hacía de factores acaso fortuitos una clave de explicación. “Establecer textos confiables, definitivos, se convirtió en un asunto basado en el examen de la materialidad de la producción textual original, en el estudio de los textos y los libros como objetos físicos (determinando las diferencias en tipos, papel, tinta, métodos de impresión y demás)”.⁹ Al rastrear las “corrupciones” introducidas por cajistas y correctores se buscaba rescatar una incierta “pureza” de los textos tal como habrían sido concebidos por el autor. Ambiciosa y a la vez disparatada, esta idea “intoxicadora” –como la describió Robert Darnton– sentó las bases para las fantásticas pesquisas de los hacedores de la *histoire du livre*.

Hizo falta esa acumulación de saberes para que un par de historiadores franceses diera una rotunda vuelta de tuerca. Con insólita unanimidad, se reconoce que *La aparición del libro*,¹⁰ volumen que lleva la firma de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, si bien aquél sólo trazó el esquema que éste llenaría con la investigación y la escritura, fue un parteaguas que “definió durante veinte años un programa y una disciplina”.¹¹ Esta obra formó parte de una enciclopédica serie sobre la “evolución de la humanidad”, aunque pronto adquirió independencia y pervive en el mercado desasida de la colección que la vio nacer. Fue un privilegio haber podido iniciar la marcha de Libros sobre Libros por el camino de la historia reeditando esa obra seminal, publicada hace ya casi seis décadas (1958). Al registro exhaustivo de los materiales impresos, que era junto con el estudio de las técnicas de producción la vía usual para conocer el pasado bibliográfico, *La aparición del libro* supuso la entrada en escena de una muchedumbre de actores históricos: los impresores, los editores, los comerciantes de libros. Ya no bastaría con describir las obras, ni con trazar los árboles gene-

⁸ *Ibid.*, p. 33.

⁹ David Finkelstein y Alistair McCleery, *An Introduction to Book History*, Londres, Routledge, 2005. p. 8.

¹⁰ Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro*, traducción de Agustín Millares Carlo, México, Librería-FCE, 2005.

¹¹ Chartier y Martin, p. 10.

alógicos de las literaturas nacionales, ni con explicar en detalle los procedimientos empleados para producirlas: a partir de entonces se consideró necesario investigar el fenómeno libresco en sus vertientes técnicas, culturales, económicas, geográficas y sociales, pero sobre todo a través de la interrelación de estos factores. Febvre y Martin exploraron no sólo los requisitos tecnológicos que hicieron posible la invención del tipo móvil (tanto los aspectos de orfebrería como la invención de la prensa y de la tinta adecuadas) sino también las condiciones comerciales y geográficas que hicieron posible la eclosión de la industria librera (por ejemplo la introducción del papel en Europa, y sobre todo el establecimiento de un auténtica sistema comercial que produjera este insumo, desde la recolección de trapos hasta la instalación de molinos eficientes), para terminar con un conmovedor balance del impacto social del primer medio de comunicación de masas. Capítulos como “El mundillo del libro” –donde el lector conocerá a obreros y maestros de talleres, impresores humanistas y librerías filósofos– y “El libro como fermento” –en el que se postula el papel que la edición masiva jugó en la Reforma y en el afianzamiento de las lenguas vernáculas– son ejemplo paradigmático del nuevo modo de acercarse a las vicisitudes librescas.

La edición de Libros sobre Libros tiene dos características que me gustaría subrayar. Una es la traducción de Agustín Millares Carlo, el célebre bibliófilo canario que vivió entre nosotros, quien al volcar al español esta obra se tomó la agradable libertad de trufar el texto con cientos de notas sobre la situación del libro en América Latina. Y la otra es el posfacio de Frédéric Barbier, un epígono académico del propio Martin, acerca de cómo se gestó *La aparición del libro* y cómo impactó en los círculos históricos franceses, que para esa época y para ese tema casi equivalía a decir los círculos históricos mundiales.

La historia del libro, pues, pronto dejó de ser sólo historia y sólo del libro. Por un lado, recibió el impulso del neozelandés Don F. McKenzie, cuyos ensayos¹² constituyeron jalones de orejas para los críticos literarios, que no solían ver más allá de “el texto”; para los bibliógrafos más ortodoxos, que se abstraían de las

¹² En particular su *Bibliografía y sociología de los textos*, traducción de Fernando Bouza, Madrid, Akal, 2005.

circunstancias sociales y económicas en que se producía un impreso; para los historiadores, que batallaban para entender cómo una obra conquistaba al público y era leída. Su pretensión era “ir más allá de interpretar los textos como si sólo fueran producto de las intenciones del autor, o como si bastara el examen cuantitativo, macrohistórico, de las tendencias editoriales y de impresión, para así encaminarse hacia el estudio de los textos en tanto productos mediados en los que uno podría encontrar trazas de un significado económico, social, estético y literario”.¹³ Son esos preceptos los que condujeron a Robert Darnton, por otro lado, a plantear un modelo general sobre el que pudiera rizarse este rizo hasta donde uno fuera capaz: “Los libros impresos generalmente pasan por el mismo ciclo vital. Éste puede describirse como un circuito de comunicación que va del autor al editor (si el librero no asume ese papel), el impresor, el transportista, el librero y el lector. El lector cierra el circuito porque influye al autor tanto antes como después del acto de escribir. Y los autores son ellos mismos lectores.”¹⁴ Tal enunciado –que le resulta obvio a quien participa a diario en la generación de materiales impresos, aunque tal vez no lo sea tanto desde la comodidad académica de un cubículo– conduce a una emocionante definición: “La historia del libro se ocupa de cada fase de este proceso y del proceso en su conjunto, en todas sus transformaciones en el tiempo y el espacio, y en todas sus relaciones con otros sistemas –económicos, sociales, políticos y culturales– en el entorno. [...] Para lograr que esta tarea sea manejable, los historiadores del libro suelen aislar un segmento del circuito de comunicación para analizarlo de acuerdo con los procedimientos de una sola disciplina [...] Pero las partes no alcanzan su pleno significado a menos de que se relacionen con el conjunto.”¹⁵ A dismantelar uno de esos “circuitos de comunicación” se dedica el historiador estadounidense en *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*,¹⁶ donde Darnton estudia cómo se gestó, produjo

¹³ Finkelstein y McCleery, p. 11.

¹⁴ Darnton, p. 30.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, traducción del inglés de Mária Averbach, traducción de los fragmentos en francés de Kenya Bello, México, Librería-FCE, 2006.

y difundió la edición gracias a la cual habría de popularizarse la magna obra de Diderot y d’Alembert. (Sin proponérselo la editorial, toda la obra de este historiador traducida al español la ha publicado el FCE: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa; Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen* (en coedición con Turner), *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores* y próximamente *Los best-sellers prohibidos de la Francia prerrevolucionaria*, a cargo de la filial argentina.)¹⁷

Sabemos bien que la Ilustración fue un movimiento cultural que transformó el mundo del conocimiento y de la política, pero se repite menos que también fue un negocio rentable. La primera edición de la *Encyclopédie*, en folio, no fue de ninguna manera un fenómeno de masas; sólo lo fue cuando un grupo de empresarios editoriales —de París y Lyon, en Francia, y de Neuchâtel, en Suiza— percibió la abundante y no saciada demanda de esa obra en un formato y a un precio accesibles. A partir del análisis casi entomológico de cerca de 50 mil cartas de la Société Typographique de Neuchâtel, Darnton reconstruye, por un lado, el funcionamiento de la industria editorial durante el siglo XVIII y, por el otro, contribuye a explicar cómo se gestaron y se diseminaron las revolucionarias ideas de los *philosophes*. He aquí un contundente ejemplo del viraje en la historia del libro: ya no se trata de rastrear la gestación de la obra cumbre de la Ilustración, ahora el objetivo es rastrearla mientras se convierte en un descomunal *best-seller*. El “circuito de comunicación” sirve además como hilo conductor de un relato cautivante, con no poca intriga y personajes ambiciosos y truculentos.

Y no sólo eso: en las más de 700 páginas de nuestra edición se reconstruyen las prácticas de los editores del siglo XVIII: sus consideraciones técnicas y comerciales, sus modos de enfrentar al poder político y sus estrategias para lidiar con la competencia, lo que da un vívido retrato de las personas que con

¹⁷ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, traducción de Carlos Valdés, México, FCE, 1987; *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, traducción de Laura Vidal, México Turner-FCE, 2003; *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, prólogo, selección y traducción de Antonio Saborit y Alberto Ramón, México, FCE, 2003.

papel y tinta hicieron de la abstracta Ilustración un negocio concreto. Y lo mejor de todo es que Darnton tiene astucia narrativa, con la que nos lleva a visitar los talleres tipográficos, a tirar de la barra para imprimir los pliegos, a fraguar conspiraciones y combatir ediciones piratas, a traficar con las obras prohibidas que invadían Francia de contrabando. No me canso de repetir que éste es un gran libro sobre un libro aún más grande.

Como se puede intuir a estas alturas, estudiar la historia del libro o, mejor aún, la historia del mundo del libro es mucho más que una excéntrica afición. Para quienes profesionalmente se ocupan del pasado, representa una ocasión privilegiada para conocer el modo en que se difunden las ideas o en que se enhebran los avances tecnológicos con los sociales. Para los estudiosos de la literatura y el pensamiento, es una puerta de entrada a la materialidad de los textos, requisito insalvable de la lectura. Y para quienes actúan en la industria editorial es la vía regia para comprender la naturaleza secular de su actividad, siempre dependiente del crédito magro y riesgoso, de las materias primas caras, de las veleidades políticas, de los lectores escasos y dispersos.

El eslabón más reciente en esta movediza cadena de temas de interés es la historia de la lectura. Ausentes durante mucho tiempo de los estudios sobre los productos impresos, en buena medida porque su actividad casi no deja rastros tangibles, los lectores fueron los últimos invitados a este banquete. A decir de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier —directores de la principal obra hasta el momento sobre los cambiantes modos en que han leído las sociedades—, estas pesquisas se apoyan en “dos ideas esenciales. La primera es que la lectura no está previamente inscrita en el texto, sin distancia pensable entre el sentido asignado a este último (por su autor, su editor, la crítica, la tradición, etcétera) y el uso o la interpretación que cabe hacer por parte de sus lectores. La segunda reconoce que un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado”.¹⁸ De ahí surge el afán de registrar “la historicidad de los modos de utilización, de comprensión y de apropiación de los textos”, en parte por in-

¹⁸ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, dirs., *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, p. 11.

fluencia de teóricos literarios como los franceses Michel Foucault, Roland Barthes y Paul Ricoeur, o el alemán Wolfgang Iser, fallecido a comienzos de este año. Por su carácter elusivo, esta vertiente es aún más multidisciplinaria, pues alberga incluso elementos fisiológicos; la nómina de quienes contribuyeron al volumen dirigido por Chartier y Caballo –y una instantánea ojeada a algunas de sus obras– lo confirma: Paul Saenger, por ejemplo, se ha concentrado en el surgimiento de la parafernalia manuscrita que se desarrolló para facilitar al ojo la identificación de vocablos, oraciones y partes, en especial el modesto pero esencial espacio blanco entre palabras; Anthony Grafton es un inquieto y original descubridor de filones académicos, que lo mismo diserta sobre la importancia de la nota al pie de página en los textos de los grandes historiadores que revisa la vida del excéntrico Girolamo Cardano o se hunde en una biblioteca mítica para entender el cristianismo; o el propio Cavallo, que desde una óptica más convencional –y tal vez por ello más rigurosa– se ha especializado en las condiciones materiales en que se difundieron y fueron leídos los autores clásicos grecolatinos.¹⁹

No tengo empacho en sumar a esta lista una obra que deliberadamente elude los rigores de la investigación histórica, acaso parapetada por el sutil uso del adjetivo indefinido: en *Una historia de la lectura* Alberto Manguel comparte con nosotros una colección de recuerdos, estampas, anécdotas y hechos ciertos sobre esta actividad cada vez más individual y más generalizada.²⁰ La impecable prosa y la suavidad de la argumentación lo convierten en un deleite, en una fuente de ideas y admiración sobre eso que está usted haciendo en este instante: leer por placer.

Calificativos semejantes pueden emplearse para dar cuenta del que es hoy, junto con Robert Darnton, el historiador del libro (y la edición y la lectura y...)

¹⁹ Paul Saenger, *Space Between Words: The Origins of Silent Reading*, Stanford University Press, 2000. Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado de la nota a pie de página*, Buenos Aires, FCE, 1998; *Cardano's Cosmos: The Worlds and Works of a Renaissance Astrologer*, Harvard University Press, 2001; *Christianity and the Transformation of the Book: Origen, Eusebius, and the Library of Caesarea*, Belknap Press, 2006. Guglielmo Caballo, *Libros, editores y público en el mundo antiguo. Guía histórica y crítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

²⁰ Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, México, Joaquín Mortiz, 2007.

más importante del momento: Roger Chartier. Su originalidad y acuciosidad, la anchura de sus intereses –dentro de lo acotado de la parcela que sigue roturando–, sus dotes escénicas como conferencista lo han convertido en un poderoso polo de atracción. Gracias a su excelente castellano, tal vez originado en sus investigaciones sobre la edición en España durante el Siglo de Oro, Chartier ejerce una casi omnipresencia en los ámbitos académicos iberoamericanos en que se discute sobre cultura impresa. Es oportuno cerrar nuestro repaso con este historiador porque encarna la propia evolución de la disciplina, por su extendida cercanía con Martín, su avance hacia zonas ignotas y su apasionada preocupación por la revolución lectora que estamos viviendo en el presente.²¹

Hoy, un lector mexicano deseoso de incursionar en este terreno se encuentra con una sabrosa variedad de opciones –tanto traducidas, las más, como escritas originalmente en nuestra lengua–, algunas de las cuales ejemplifican a la perfección los cambiantes modos de recuperar el pasado de la cultura impresa. Esperamos que en su lectura no procure asomarse a ellas siguiendo el orden cronológico en que fueron escritas, pues el amargo sabor a antigualla de los repertorios puede inhibir el goce de textos generados con posterioridad. Así, el imponente registro que nos legó José Toribio Medina difícilmente cause emoción a un lector curioso, ya que si bien los ocho tomos de *La imprenta en México (1539-1821)*²² son un prodigio de tesón y minuciosidad –y una referencia ineludible para todo aquel que aspire a estudiar con exhaustividad la producción libresca en nuestro país–, no logran mostrar la vitalidad que la historia del libro ha alcanzado. Es semejante el caso de Alexandre Stols y sus estudios sobre

²¹ Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, traducción de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992; *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, traducción de Mauro Armíño, México, Alianza Editorial, 1993; *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, prólogo de Ricardo García Cárcel, traducción de Viviana Ackerman, Barcelona, Gedisa, 1994; *Lecturas y lectores en la Francia del antiguo régimen*, México, Instituto Mora, 1994; *Inscribir y borrar: Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Barcelona y Buenos Aires, Katz Editores, 2006.

²² Existe una casi agotada edición facsimilar de la que el autor hizo en su propia imprenta en 1912: México, UNAM, 1989, más los añadidos de Francisco González de Cossío: *La imprenta en México (1553-1820). 510 adiciones a la obra de José Toribio Medina en homenaje al primer centenario de su nacimiento*, y de Francisco Ziga y Susano Espinosa: *Adiciones a La imprenta en México de José Toribio Medina: Puebla, Oaxaca, Guadalajara, Veracruz y de la insurgencia, 1706-1821*.

los prototipógrafos novohispanos Antonio de Espinosa y Pedro Ocharte.²³ En la misma dirección pero más hospitalario con el lector es el trabajo de Joaquín García Icazbalceta, cuya *Bibliografía mexicana del siglo XVI*²⁴ se mantiene como el inevitable punto de partida para el periodo de los “incunables” americanos.

Pueden enumerarse al menos tres trabajos generales, todos más o menos fáciles de conseguir, que corresponderían a la segunda estación por la que han pasado los historiadores, es decir, obras que aspiran a la erudición, contienen generosas descripciones de las piezas estudiadas, apenas prestan atención a quienes las produjeron y casi ninguna a quienes las leyeron. Dos de ellas llevan el predecible título *Historia del libro*: una figura en el catálogo de Alianza Editorial desde hace un cuarto de siglo y fue escrita por el historiador sueco Svend Dahl –gozó de gran popularidad gracias a que se la incluyó en la colección Los Noventa, que el CNCA difundió a diestra y siniestra–, con un estilo sobrio y concreto, incluso desapasionado;²⁵ la otra es un breve texto introductorio, tomado de la célebre colección francesa de divulgación *Que sais-je?*, de Albert Labarre,²⁶ un bibliotecario que busca asomarse a la economía, la política, las prácticas de lectura e incluso a los circuitos comerciales pero que por falta de espacio se queda tan sólo en la superficie, si bien su exposición es eficaz. El tercero es la en efecto *Pequeña historia del libro*, del multicolor José Martínez de Sousa, que encarna la sapiencia del corrector acucioso y obsesivo –y por ello le ahorra a miles de editores más de una neurosis–.²⁷ Sin la apabullante profundidad de otras de sus obras, este breviarío se lee con sencillez, aunque su naturaleza sintética lo hace por momentos telegráfico. (Habría que mencionar una cuarta obra general, pero su condición de obra agotada nos obliga a incluirla sólo dentro de un paréntesis. Se trata de la *Introducción a la historia del libro y de*

²³ Alexandre Stols, *Antonio de Espinosa: el segundo impresor mexicano*, México, UNAM, 1962, y *Pedro Ocharte: el tercer impresor mexicano*, México, UNAM, 1962.

²⁴ La “nueva” edición, a cargo de Millares Carlo –que completó faltantes y pulió detalles–, lleva como pie de imprenta México, FCE, 1954, de la cual hubo una reimpresión en 1981, por lo que ya no es fácil hacerse de un ejemplar.

²⁵ Svend Dahl, *Historia del libro*, traducción de Alberto Adell, Madrid, Alianza Editorial, 1982 (2007).

²⁶ Albert Labarre, *Historia del libro*, traducción de Omar Álvarez Salas, México, Siglo XXI Editores, 2002.

²⁷ José Martínez de Sousa, *Pequeña historia del libro*, Gijón, Trea, 1999.

las bibliotecas que Agustín Millares Carlo dio a las prensas hace ya casi cuatro décadas, libro de gran densidad y gran vigencia en tanto obra erudita que pasa revista a los temas de la disciplina que resultaban fundamentales a fines de los años sesenta.²⁸ Las dificultades para obtener la correspondiente autorización de los herederos del autor han frenado los planes de volver a insertar en el mercado este pequeño clásico. Cerremos esta digresión diciendo que no es improbable que este título engrose el catálogo de Libros sobre Libros.)

La Breve historia del libro en México, de Ernesto de la Torre Villar, sigue siendo un caminable atajo para acercarse a las peripecias de los impresos en nuestro país, aunque la brevedad a que alude en el título es extrema: compuesta por ensayos dispersos, esta obra parece más el esbozo de un trabajo de mayor alcance, que también podría basarse en otras dos obras del ex director de la Biblioteca Nacional: *Ex libris y marcas de fuego e Ilustradores de libros*.²⁹ Algo semejante puede decirse de *Historia de las librerías de la ciudad de México: evocación y presencia*, de Juana Zahar Vergara, a la que tampoco puede achacarse imprecisión bautismal: ahí las librerías son, en efecto, meramente evocadas.³⁰ Contamos ya, por suerte, con estudios más recientes sobre personajes o circunstancias de nuestro pasado editorial, que, como los coloridos fragmentos de un mosaico, poco a poco van revelando el cuadro completo. Me refiero a los artículos reunidos en volúmenes como *Del autor al lector*, coordinado por la recientemente fallecida Carmen Castañeda, de franca estirpe darntoniana; o *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*, coordinado por Laura Suárez de la Torre, quien también dio forma a *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, producto ambos del proyecto “Empresarios-editores en la ciudad de México 1830-1855”.³¹ Estas evi-

²⁸ Agustín Millares Carlo, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, FCE, 1971.

²⁹ Ernesto de la Torre Villar, *Breve historia del libro en México*, México, UNAM, 1999; *Ex libris y marcas de fuego*, México, UNAM, 2000; *Ilustradores de libros: guión biobibliográfico*, México, UNAM, 1999.

³⁰ Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la ciudad de México: una evocación*, México, UNAM, 1995.

³¹ Carmen Castañeda, coord., *Del autor al lector: 1. La historia del libro en México. II. La historia del libro*, México, Miguel Ángel Porrúa-CIESAS-Conacyt, 2002; Laura Suárez de la Torre, coord., *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003; *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora, 2001.

dencias podrían alentar una suerte de envidia nacional por el logro del grupo comandado por Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, que hace muy poco logró concluir un tomo de *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*.³² Evidentemente inspirado en el trabajo de Chartier y Martin sobre la edición francesa (véase la nota 1), éste es el esfuerzo orgánico más acabado por entender el sistema de producción, circulación y consumo de libros en un país de nuestro ámbito lingüístico, aunque padece las irregularidades de los trabajos colectivos.

Con aires renovados, un tercer trabajo intitulado *Historia del libro* puede servir de trampolín para el que quiera darse un chapuzón en esta materia. Frédéric Barbier, a quien ya mencionamos como autor de un posfacio a *La aparición del libro*, escribió este completo y veloz recuento de las principales vicisitudes por las que ha pasado el libro. La aparente ligereza del tratamiento –sus 400 páginas recorren completo el arco que va de la invención de la escritura a la génesis del libro electrónico– se compensa por el punto de vista, en el que confluyen los modos más recientes de vincular tecnología y lectura, historia social y económica.³³ Con el mismo espíritu omnicomprendivo, pero con mucho mayor espacio, Henri-Jean Martin –que falleció en enero de este año– tiene una obra de madurez que honra aquella lanza que clavara en su juventud: *Historia y poderes de lo escrito* es un vasto, denso, iluminador estudio sobre los avatares –tanto en su acepción de cambio como de encarnación divina– del arte inventado, según atestigua Platón en el *Fedro*, por el dios Theuth.³⁴

Es difícil poner un punto final. No porque uno quiera seguir escribiendo, sino porque cualquier enumeración como ésta exige más registros, algunos de

³² Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. Elogiemos al menos en una nota al pie los aportes de esta fundación a través de su Biblioteca del Libro, de la que forma parte esta obra, al igual que otras como *Historia ilustrada del libro español*, dirigida por Hipólito Escolar, y utilísimos manuales como el *Diccionario de ortografía técnica*, de Martínez de Sousa, o el solitario, y ya envejecido, libro de François Richaudeau sobre *La legibilidad: investigaciones actuales*; tras un periodo de cierta inactividad, la Sánchez Ruipérez parece estar volviendo por sus fueros.

³³ Frédéric Barbier, *Historia del libro*, véase la nota 4.

³⁴ Henri-Jean Martin, *Historia y poderes de lo escrito*, con la colaboración de Bruno Delmas, traducción de Emiliano Fernández Prado y Ana Rodríguez Navarro, Gijón, Trea, 1999.

ellos novísimos: pronto habrá más obras que seguirán aventurándose en las prácticas editoriales y de lectura.³⁵ Estoy convencido de que uno como lector puede reproducir en sí mismo la fascinación que ha llevado a los historiadores del libro al objeto, de ahí a quien lo escribe, lo fabrica, lo inserta en el mercado, para llegar finalmente a su consumidor. Espero que, así sea desde el amateurismo, estas páginas conduzcan a alguno de los demasiados libros. Que, por suerte, son más baratos que nunca. ❧

³⁵ En Libros sobre Libros, por ejemplo, estamos preparando la versión en español de *The Printing Press as an Agent of Change*, de Elizabeth L. Eisenstein, otra obra clave en esta materia, así como una historia de la feria de Francfort, escrita por quien logró convertirla de nuevo en la más importante del mundo: Peter Weidhaas.